



Rogueiro

liberación de la jefatura demasiado avasallante del padre de los gobiernos absolutistas, sustituida por la sociedad fraternal expresada en la democracia.

La familia mantiene un núcleo esencial —a veces no tan fácil de averiguar lo permanente de su estructura— y uno complementario y variable que le da el carácter concreto que en cada época ha tenido. Sin embargo, podemos decir que hay dos tipos generales de familia —uno más estricto y otro más amplio—: la familia conyugal y la familia consanguínea. La primera está compuesta solamente por los padres y los hijos; la segunda, por el conjunto de todos los parientes más o menos cercanos.

Lo que sí es un hecho es que la familia, antiguamente, era una familia consanguínea, porque todos los parientes se ayudaban en el trabajo, en la convivencia y hasta en la lucha contra los que querían atentar contra su independencia; pero desde hace unos siglos —y sobre todo en la familia contemporánea— se ha ido perdiendo esa estructura amplia, para quedar reducida, cada vez más, al núcleo mínimo de padres e hijos y que, por otro lado, cada vez disminuye más el tiempo en que permanece esta cohesión familiar mínima. Hoy es un problema la independencia que rápidamente adquieren los hijos, y las familias —sobre todo cristianas—, acostumbradas a otra época que ellos vivieron, se resisten a aceptar esta nueva flexibilidad de los lazos familiares, creando en los hijos multitud de problemas al creer éstos que el afecto de los padres se resiente con la constante oposición de los padres a sus costumbres. Porque es un hecho que los hijos necesitan del cariño paterno y, sobre todo, materno; lo que no está dicho en ningún sitio es que este cariño tenga que tener las formas en que se vivió en los primeros cuarenta años de este siglo. La terquedad de los padres cuando no quieren sacrificar lo accidental, considerándolo como esencial, produce un semillero de conflictos psicológicos en los hijos que abocan hoy fácilmente en la delincuencia juvenil, en la inadaptación escolar, en el trastorno neurótico o en el inconformismo no-violento de los *hippies*. Tan fuerte es esto, que los antropólogos han podido presentarnos una serie de hechos sorprendentes, pero perfectamente demostrados: la mortalidad impresionante de los orfanatos en este siglo. Y la única causa es la falta de atención afectivo-maternal a los niños. En diez ciudades de los Estados Unidos descubrió, hace cincuenta años, el doctor H. Chapin que en todas las instituciones infantiles para huérfanos «habían muerto todos los niños de menos de dos años, salvo en una». [*Transactions of the American Pediatric Society*. Vol. 27, 1915.] Y el doctor

Knox estudió el caso de doscientos niños que en la primera infancia ingresaron en diversas instituciones de la ciudad de Baltimore, comprobando que el 90 por 100 murieron al cabo de un año. «El niño requiere mucho afecto y una correspondencia por parte de los adultos por encima de la satisfacción de sus necesidades biológicas. Lo demuestra la elevada tasa de mortalidad infantil incluso en los orfanatos científicamente mejor organizados» (R. Linton, o. c.).

Lo que no se puede deducir de aquí tampoco es que el mejor sea el papel afectivo excesivamente absorbente de la madre, ni que los padres pretendan mantener los lazos exteriores que atan a los hijos excesivamente a unas costumbres de otras épocas que ya no tienen vigencia.

**LA MADRE.**— La actitud de la madre es la más decisiva a la hora de saber lo que ocurrirá en el futuro con el hijo. El ser humano —«El mono desnudo», según Desmond Morris— se halla fijado a su madre a la edad de siete meses, y la imagen que consciente o inconscientemente va marcando en el hijo la actividad maternal será absolutamente decisiva para el futuro del niño. Cualquier detalle sin importancia a los ojos adultos es de una importancia suma para el niño, por eso es —por ejemplo— tan necesaria la serenidad y la tranquilidad de la madre en el trato con el hijo, porque «si la madre hace movimientos tensos y agitados, los comunicará a su hijo por mucho que trate de disimularlos, y si al mismo tiempo sonríe con fuerza, no engañará al niño, sino que lo sumirá en la confusión: le habrá transmitido dos mensajes contradictorios. Si se abusa de esto puede causarse un daño permanente y originar serias dificultades para el niño cuando, en su vida posterior, inicie contactos sociales... Mucho de lo que hacemos en nuestra edad adulta se funda en esta absorción imitativa durante los años de nuestra infancia» (D. Morris, «El mono desnudo». Ed. Plaza & Janés). Por eso no es extraño que los grandes libros de la sabiduría religiosa, como el «Corán», afirmasen que «el paraíso está a los pies de la madre»; y el dramaturgo Giraudoux manifestara en su obra «Sodoma y Gomorra» un negro pesimismo de seguir las cosas como en el momento actual que vivimos, en una época en la que en muchos países —y en el nuestro comienza, sobre todo en las clases económicamente elevadas— la mujer ya no sabe ni amar ni darse con profundidad.

El desarrollo del pecho maternal tiene relación con este intercambio necesario del hijo y de la madre, y ya no se puede aceptar la fantasía de Desmond Morris —que ha